



Nova et vetera

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

Rector Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. JOSE VICENTE CASTRO SILVA
Redacción: EDUARDO CARRANZA. — Administración: A. DELGADO PLAZA

SUMARIO

Jacques Maritain: La Filosofía de Santo Tomás y el mundo actual.—**Leopoldo Uprimny:** Mística y política. Los fundamentos del nacional-socialismo.—**Alberto Hurtado Cruchaga:** El adolescente de hoy.—**Eugenio D'Ors:** Epístola a Pablo Picasso.—**Antonio Tudisco:** El agua en la poesía de Juan Ramón Jiménez.

LUGAR DE LA POESIA

Juan Ramón Jiménez: El poeta a caballo.

NOTAS

Luis Euclides Murcia.

APENDICE

Rafael Sánchez Mazas: El Dux o la política de la vejez.—Índice de la Revista. Volumen XXXV.

Volumen XXXVI - Febrero y Marzo de 1941. - Números 347 y 348

EDITORIAL CENTRO S. A.

REVISTA
DEL
COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

SUSCRIPCION ANUAL:

Para Colombia.	\$ 2.00
Para el exterior.. . . .	3.00
Ejemplar.. . . .	0.30
Número atrasado.. . . .	0.50

ADMINISTRACION:

Apartado Nacional No. 72

Volumen XXXVI GUIA

Febrero y Marzo de 1941
Números 347 y 348

Jacques Maritain. —La filosofía de Santo Tomás y el mundo actual	1
Leopoldo Uprimny. —Mística y Política. Los fundamentos del nacional-socialismo	9
Alberto Hurtado Cruchaga, S. J. —El adolescente de hoy	24
Eugenio D'Ors. —Epístola a Pablo Picasso	40
Antonio Tudisco. —El agua en la poesía de Juan Ramón Jiménez	48

LUGAR DE LA POESIA

Juan Ramón Jiménez. —El poeta a caballo	59
Acuerdo número 2 de 1940 de la Consiliatura	60
Tomás Lombo. —Luis Euclides Murcia	61
Eduardo Robayo. —Breve evocación de Luis Euclides Murcia	62

APENDICE

Rafael Sánchez Mazas. —El Dux o la política de la vejez	II
Indice de la Revista. Volumen XXXV	XIII

I CAN I WILL
FACULTAD DE SALAZAR Y ORTEGA

Altos estudios comerciales.
Cursos de especialización.
Radiotécnica - Radiotelegrafía.

Carrera 7a. No. 8-92. — Teléfono 55-65

El Dux o la política de vejez

Había soñado Florencia el máximo ímpetu, como un recurso “al derecho natural y brutal de las gentes heroicas” (1), y en el retorno a este derecho crudo y oscuro, violento y original, quería hallar el nuevo amanecer, que la redimiera del “tramonto”. Su “Príncipe”, era un medio heroico, una transfusión desesperada, la “cura de caballo” (2), que haría del viejo hombre político un centauro joven. Campanella quería ya ofrecer alimento más humano y civil, comunión política más clara, en la “idea solar” de Monarquía (3), bajo el cielo de Nápoles, que era aquel mismo cielo de la Magna Grecia. Florencia había significado, en la historia política de Italia, la veleta cimera de los cambios y de las veleidades. Así la cantó Dante:

**Quante volte nel tempo che rimembre
legge, moneta ed ufficcio e costume
hai tu mutato e rinnovato membre.**

**(Cuantas veces del tiempo que recuerdas
ley y moneda y oficio y costumbre
has tú mudado, renovando miembros).**

De la máxima mutación y versatilidad venimos al lugar de la máxima inmutación y paciencia políticas. Venimos al lugar de la vejez. Era lenta Venecia. “Tarda in guidare il suo felice regno”, le canta Campanella en uno de los mejores sonetos de la lengua italiana (1). Y añade: “De príncipes reloj y sabia escuela”. “Horologium” y “Oraculum”.

(1) J. B. Vico: *Scienza Nuova*.

(2) Boccacino: *Raguagli di Parnaso*.

(3) Véase mi ensayo “Campanella y Maurras”.

(1) Este admirable soneto de Tomás Campanella no suele figurar en las antologías, ni es tampoco muy conocido.

Dice así:

Es Baltasar Gracián, el jesuita hendido de arrugas eruditas y morales, quien escribe:

“En un carro y un trono, éste de conchas de tortugas, arrastrado ‘aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espacios campos del Tiempo al palacio de la Ocasión... Procedía con majestuosa pausa, sin jamás apresurarse ni apasionarse, recostada en dos cojines que le presentó la Noche, sibilas mudas del mejor consejo en el mayor sosiego” (2). ¿No parecen escritas estas palabras para una gran alegoría de Venecia pintada en el fasto de los techos? Y luego “esos ojos entre cristales de disimulación y esas “lamas de lo concupiscible” y esa “pequeña boca con labios de vaso atesorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento”... Y ese “dilatado pecho donde se maduran y podrecen los secretos”; y, sobre todo, ese “corazón de un mar, donde quepan las avenidas pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades” ¿no os va diciendo todo esto del espíritu o de los espíritus —por mejor decir —de Venecia? “Ceñía sus sienes por vencedora y por reina, que quien supo **disimular** supo reinar, con una rama del laurel prudente”. “Gobernaba el Tiempo la autorizada pompa”. “Cerraba la Sazón por retaguardia, ladeada del Consejo, del Pensar, de la Madurez y del Sesó”... Ahora me parece como si el más docto, sensual y fariseo de los pinceles de Venecia —un pincel que acaso pudo haber y no hubo— hubiera pintado toda esta gran ale-

“A VENEZIA.

Nuova arca di Noe, che mentre inonda
L'aspro flagel del barbaro tiranno
Sopra l'Italia, dall' estremo danno
Serbasti il seme giusto in mezzo all'onda.
Qui, di discordia e di servitù inonda
Inviolata, eroi, che ponno e sanno
Produci sempre: onde a ragion ti fanno
Vergine intatta e madre alma e feconda.
Maraviglia del mondo, pia nepote
Di Roma, onor d'Italia e gran sostegno:
De'principi orologio e saggia scuola.
Per mai non tramontar se'qual Boote
Tarda in guidare il tuo felice regno,
Di liberta portando il pondo, sola”.

(2) Gracián: *El Discreto*.

goría, con luces de poniente, bajo las portentosas nubes, en el inmenso techo del Gran Consejo, sobre las maquinaciones orgullosas de la Serenisima.

El "Príncipe" florentino fue casi únicamente una ilusión poética e intelectual: apenas nostalgia de Castruccio Castracani degli Anteminelli, apenas esperanza en César Borgia. El Rey napolitano de Campanella existió, mitad en los libros, mitad en la historia. Sólo el Dux veneciano fue únicamente aserto en la historia, realidad concreta que duró larguísimo tiempo. Por espacio de mil años, la ancianidad del Dux mantuvo erguida en su ficción la última edad de un príncipe político italiano. La política para él no era un arte apasionado —casi desesperado— como en Maquiavelo, ni era una ciencia derivada, como en Campanella, de la eterna razón, sino una experiencia y una técnica administrativas, una práctica aplicación, sabia y tenaz como ninguna, de la ciencia y el arte políticos.

De los Alpes al mar Adriático los ríos van envejeciendo hacia su morir. Vienen lentos y sinuosos. Lejos, lejos quedan los torrentes madrugadores de juventud. Divagan por el ancho y liso panorama de su postrimería y son infinitamente cautos, sabios y voluptuosos en retardar su fin y en escoger su desembocadura. Su superficie casi quieta, espejo y vanidad de mujer, va en curvas embebidas ya de la marea y ya tan espléndidas y redondeadas, que parecen de mano del Ticiano. Pero esta maravilla —como la de Venecia— es también corrupción, fango, detritus orgánicos de un largo recorrido, de una vasta erosión, de una degradación innumerable. En torno al paisaje es una fiesta báquica de viñas en guirnalda, un prelude de égloga culta a la gran ópera mundana y profana del Rialto. Se han visto aquí cabalgatas de campesinos, medio marineros, coronados de rosas. Estos ríos vienen anunciando a Venecia. Vejez, a ratos añiñada de pastorales, junto al mar. Aguas glaucas, aguas plumizas, aguas amargas, pero también alegrías salobres, caricias sensuales de la luz y del viento, ebrias bocanadas en otoño con olor cargado de racimos y picante de yodo. Intervalos de arenas áridas y grises. Pero ya casi carnavales de huertos y jardines entre caprichos y volubilidades luminosas. Y aquí ya las lagunas muertas y las lagunas vivas, pero viejas, de Venecia, que flota entre la muer-



Halagan

MI GUSTO



SU BUEN SABOR ES UNA OBRA PACIENTE DE LA NATURALEZA - Se requieren cerca de tres años para que los tabacos de triple selección que emplea la Compañía Colombiana de Tabaco, lleguen a su más alto grado de buen SABOR. Es muy costoso mantener millones de kilos de tabaco almacenados por un tiempo tan largo, pero la calidad de nuestros productos está por encima de toda otra consideración.

te y la vejez del agua. Este es un paisaje que desde hace siglos, con sus racimos de Sileno, es un modelo de geológica decrepitud. Esta tierra, esta agua hace mil años que perdieron sus potencias juveniles. Esta agua se muere, cegada de limo, y esta tierra es corroida como por una lepra por el más amargo de los mares. En este país viejo, viejísimo de las lagunas, las artes de política vejez han florecido con un esplendor, una continuidad y una conciencia únicos en la historia del mundo. Con una voluptuosidad y una hipocresía sin par.

La flor de esta política no se llama necesidad —necesario lis rojo de heroísmo— como en Maquiavelo, ni se llama ilustración —idea radiante y solar— como en el monje Campanella. Se llama utilidad, se llama placer. Este es el último término ideal para aquellos navíos “dont l’humeur est vagabonde”; este es el final del viaje de Carlos Baudelaire.

**“Ici tout n’est qu’ordre et beauté
luxe, calme et volupté”.**

Este régimen de los Dux es el que ha creado y gobernado prodigiosamente la que se ufanó durante siglos de ser la primera ciudad de placer del universo, la incomparable “meretriz de Europa”.

Pueblos del Imperio en ruinas, habían venido a buscar aquí refugio de los godos de Alarico, de los hunos de Atila, de los hérulos, de los ostrogodos, de los francos, de los longobardos. Las islas del Rialto fueron nueva Arca de Noé contra el diluvio bárbaro, y la decadencia romana y bizantina dieron una pareja de cada una de sus especies civiles. Las poblaciones dispersas de aquel doble imperio senil, que habían decaído en siglos, van a edificar su civilidad con vejez de un mundo, y en una especie de infantilismo de vejez van a hacer un retorno a los palafitos prehistóricos, como en la Venecia de Carlos Gozzi, que es una agonía de oro, se volverá a los cuentos de hadas.

Un “Refugio” —un lugar donde se **re-huye**— ésta es la palabra fundacional, la palabra constitucional de Venecia. Uno de los primeros documentos públicos venecianos —mucho antes del año mil— se fecha **“en la ciudad bendecida, que ha sido elegida por Dios Padre Todopoderoso para ser un consuelo y un sostén**

en todas las tribulaciones”. La juventud pide inquietud y guerra, el caballo y la espada; la vejez, consuelo y sostén, un acompañante y un bastón. Paz, paz. . . “Paz a ti, Marcos, evangelista mío”, canta entre garras de leones, del Rialto a las islas griegas, el mote veneciano de siempre. Por esta paz, por este consuelo, por este sostén, por este refugio, Venecia ha tenido que batirse como un viejo león, como una Inglaterra victoriana, como una España de Felipe IV, con esa vejez dura y obstinada, que se bate contra cien juventudes, como esa vejez de Ticiano vale cien juventudes de pintor. Venecia, en su grandeza dorada, se nos aparece como un refugio salomónico de plenitud de sabiduría de ancianidad. Toda la ciudad parece hecha a imagen y semejanza del gran refugio de oro de San Marcos, donde el querubín de diez alas tornasoladas muestra en el oro del mosaico una banderola que dice: **“Sapientiae plenitudo”.** Pero esta sapiencia no es la ciencia sino la experiencia en su apogeo, la última flor de nieve de ancianidad.

Hubo un instante de la historia en que Italia y el mundo rejuvenecían. En Francisco de Asís, en las grandes horas matinales del medievo, tras el largo nocturno que sucede al poniente romano, el mundo pareció rejuvenecer maravillosamente. Esto se vio en Francia, en Toscana, en la Umbria, en Castilla, en el Rhin, en Inglaterra. Fue cuando “las flores, las estrellas —escribe Chesterton— recobraron su inocencia pristina”. En armas, en letras, en amores, en filosofía, en política, volvía la cristiandad entera a ser joven y se alzaban como cuerpos angélicos y gigantes de blandas vestiduras, sobre las ciudades de Europa, unas iglesias nuevas, altas, ligeras, verticales, como nunca se habían visto, con una voz de campanas juveniles, claras, cristalinas, como nunca se habían oído. Se erguían sonriendo estas iglesias, militantes y jubilosas. San Marcos no se erguía. Era como un almohadón para las conciencias y las cabezas fatigadas, todo reposado en sí mismo, todo redondo para embeber las luces de la tarde. Esa línea redonda, que se redondea en la calma lujosa e imperturbable de San Marcos, es acaso como la línea de una voluptuosa contemplación divina —toda la poesía de Claudel—, pero es también la misma línea de voluptuosa contemplación humana, profana y sensual que ha inspirado los flancos de la Venus de Ticiano. Unos mismos magníficos senadores — alma de la re-

pública, alma de la Serenísima— eran devotos y libertinos a la vez, y servían por igual a ambas maravillas: a su San Marcos y a su Venus, que habían cubierto de joyas unos mismos piratas ordenados bajo gonfalones de púrpura.

Cuando Venecia se hizo poderosa y original a los ojos del mundo, o sea, en tiempo de las Cruzadas, tres políticas hacían fuertes y originales a los Estados de la tierra firme: una política del rey —armas y leyes—, una política del pueblo— gremios y concejos—, y una política de Cristo —santidad y universidad. Pues estas cosas: Santidad, Monarquía, Caballería, Universidades, Corte-sía, Concejos, Libertades populares, Cruzadas, Canción de Gesta, Corte de Amor, Catedrales góticas, que eran entonces las señales de juventud del mundo, en Venecia nunca existieron, porque Venecia no quiso de ellas, y si quiso de las Cruzadas fue solamente en su aspecto utilitario. Estas eran cosas juveniles. Evitó también la revolución siempre y vivió más de mil años sin revoluciones, porque las revoluciones suelen ser casi siempre grandes errores, pero errores juveniles y primaverales, crímenes y, a veces, suicidios de naciones, por amor a matronas prostitutas, que no valen la pena. Cuando Marín Faliero intenta dar función y autoridad monárquicas a la investidura de Dux, es degollado por sentencia de la República. No le degüella el pueblo, la revolución, como a Carlos I o a Luis XVI. Ese sería un crimen de aire juvenil. Tampoco el pueblo le levanta sobre el pavés y hace de él el caudillo, el paladín de una gesta nacional, popular y cristiana, que podrá ceñir una corona nueva y fundar una dinastía, porque también eso sería una cosa juvenil. No hubo en Venecia, no, ni caballeros de romance, ni santos de leyenda, ni grandes poetas nacionales, ni sabios anhelantes de universalidad, ni damas inolvidables de amor en los balcones, porque estas cinco especies de seres eran como los cinco pétalos de la rosa de nueva humanidad que perfumaba el mundo. Es necesario señalar este carácter para comprender el extraño régimen de Venecia, el espíritu particular de este “refugio”, que acabó por “re-huir” los más altos esfuerzos de la cristiandad renovada. Ello fue, a la vez, causa y efecto de una oligarquía plutocrática, aristocrática —de una aristocracia sin reyes ni universalidad— conservadora, republicana, bajo un anciano príncipe electivo que se llamaba el Dux. El poder estaba en manos de unas doscientas familias nobles,

ricas y con negocios, que eran las familias senatoriales, mientras en otros pueblos de Europa, los pueblos iban encontrando en los reyes, el fuero, la libertad, el amparo contra los señores, el voto en Cortes, la participación en el poder, la incorporación a la ciencia en las Universidades y a los altos oficios en la Iglesia. El Senado, el Consejo de los Diez, eran los grandes círculos impenetrables y concéntricos de la autoridad veneciana, los reguladores supremos del complicadísimo artificio de relojería política y administrativa, que abarcó más de **sesenta** tribunales. Ninguna demagogia —ni la de los santos—, ningún tumulto. Ni el escándalo de un milagro de la santidad o de un prodigio del amor humano podía encender los corazones. Nada de conflictos de orden público. Algo aprendió Viena, hasta Metternich, hasta Dollfuss, de las maneras venecianas. En Venecia velaba la mejor policía, el mejor espionaje de Europa. Había un patriotismo, sin duda, fuerte, utilitario y egoísta, frente al mundo, que sabía ser generoso para la patria, que no era una misión universal y espiritual hacia fuera, como la de España, sino una comisión local y terrenal hacia dentro. De aquí que Venecia y España no se pudiesen nunca entender y su antagonismo acabara por hacerse clásico. Y tenía que ser, nuestro Don Francisco de Quevedo, lince de Italia— el de la “Política de Dios y Gobierno de Cristo”—, el mejor artesano de aquella extraordinaria conjura, que por un pelo —por la borrachera de un capitán— no fue la ruina del poder de la Serenísima; de su nacionalismo de banqueros y de tenderos, fuerte mitad, es cierto, de todos los nacionalismos, pero que degenera sin la otra mitad —sin aquella otra “mejor parte” que nosotros elegimos— en un patriotismo de sociedad anónima, y si se quiere, en toda aquella pompa de ditirambos, pinturas, mármoles y bronce, funciones sacras y profanas, paradas y fiestas con que una sociedad anónima es capaz de inflar y revestir su crédito. Había, sin duda, al servicio de todo esto, propios o extraños, gratuitos o alquilados, mil guerreros y marineros, capaces de grandes acciones de valor, jornaleros pugnaces del heroísmo, capaces de tanto valor como cualquier guerrero de Europa. Pero es necesario preguntarse por qué todos estos fueron héroes opacos y nunca paladines iluminados, por qué jamás, jamás hicieron florecer una canción como aquellas que corrían el mundo nacidas en Castilla la gentil, en la dulce Francia, en la

alegre Inglaterra, en la bella Italia de tierra firme. Allí no florecían estas canciones porque los de allí no se batían por cosas juveniles, por cosas populares y divinas, por cosas refrescadas en universalidad de poesía, cubiertas de rocío de eternidad. Sucediáanse en el predominio unos enriquecidos, unos navieros, unos mercaderes opulentos apuntados en el Libro de Oro, de generación en generación. **Técnica** era la política, como **técnico** era el panorama de la ciudad, formado solamente de palacios y navios, las dos mayores maravillas de la técnica humana. Por tener un secreto **técnico** el vidriero de Murano, era noble, ceñía espada al flanco y a veces era apuñalado por los esbirros del Palacio Ducal si huía para ir a vender su **secreto técnico** a los vidrieros de Bohemia.

Se fundó Venecia en la belleza del agua, que es donde las grandes civilizaciones —palacio Imperial de Bizancio— viven su vejez cuando parecen aburridas de la castidad fiel de la tierra, de la hermosura oscura y bárbara, conyugal y sencilla, que amantó, virgen y madre, infancias de pueblos a pechos de colinas, en regazos de valles, junto a fuertes riberas de ríos. El Dux preside la gran oligarquía del dinero venido por el mar y hereditariamente fincado en las grandes familias. Es el soberano elegido de una ciudad que va creando una organización mercantil en las escalas de levante, y una civilización metropolitana más propia de lascivos y codiciosos viejos, que de jóvenes generosos y enamorados. Más dada también a lo devoto de un culto rico y espectacular, con buenos predicadores y excelente música, que a la religiosidad encendida en ardor caritativo. El Dux es el primero de una clase de grandes ancianos, fuertes, opulentos de salud y de riqueza, que llenan las grandes pinturas del apogeo veneciano y son grandes mecenas del Veronés o el Aretino. Triun-

José Gutiérrez G.

GRAN SASTRE

Calle 14 No. 6-73 - Teléfono 79-13

fan en un mundo de aduladores, de parásitos y de cortesanas sin par. El juego, los cafés, los ridotti sonríen en la Venecia del oca-so a esta ancianidad privilegiada. La erudición, la murmuración, la gastronomía, las antigüedades, el lujo, las falsas devociones de Tartufo, todas las artes de vejez rodean la suntuosa senectud de estos próceres venecianos. Casi toda la nobleza pobre o media-na forma en la inmensa burocracia de complicado trámite y de canceleresco estilo, que en los tribunales se adorna de erudición ampulosa más que se fundamenta en doctrina. Ni a la nobleza ni al pueblo se abren derechos los caminos reales de las letras y de las armas. Las instituciones de gobierno no proceden de los prin-cipios de la jurisprudencia universal, sino de los tanteos logra-dos lentamente en los siglos. La caridad acaso es poca, pero grande la beneficencia, que ha de socorrer a millares de nobles pobres o **barnabotti**. La prudencia, el secreto, la diplomacia, las reservas mentales, las intrigas, las delaciones dominan este ex-traño orden regido por el Dux, este paraíso, externamente libe-ral y despreocupado, donde la vejez se veía rodeada como en ninguna parte de honor y de provecho. El Fausto veneciano es un muchacho joven que vende al diablo su alma de veinte años por una vejez de senador, bajo una Constitución conservadora, inmutable, tranquila, "honoratissima, vetustissima et amplissima", que perpetuó durante siglos una particular juridicidad, un or-den público indisturbado, una rigurosa fidelidad al poder, un profundo respeto a las instituciones, un prodigio de discreción en las ejecuciones capitales, un goce civilizado y egoísta del vi-vir: "alla mattina una messetta, al pomeriggio una bassetta, a mezza note una donnetta" (a la mañana una misita, después de comer una partidita de cartas, a media noche una amiguita). Era el programa de los senadores.

El pobre "Príncipe" de Maquiavelo —aquel gran pobre dia-blo encendido de patriotismo y de conciencia del poder— daba cien vueltas en la cama pensando en los partidos. El Dux no te-nía que pensar más que en un partido: "el partido del orden". Y con él la mejor aduana de la tierra, el primer banco nacional del mundo, las estadísticas más perfectas, los técnicos mejor prepa-rados, el mejor sistema de monedas, pesas y medidas, los dela-tores más despiertos, la prostitución más reglamentada y elegan-te y la más diestra clase de verdugos.

Revista del Colegio Mayor de Ntra. Sra. del Rosario

Volumen XXXV

INDICE POR MATERIAS

ACTOS OFICIALES

Clausura de estudios en 1940	II
Alumnos de Jurisprudencia graduados en 1940	IX
Discurso de clausura.—Antonio Rocha	353

ARTE

Del eco antiguo a la orquesta nueva II.—A. Pardo Tovar 67	156
---	-----

DERECHO Y SOCIOLOGIA

El pensamiento de Giorgio Del Vecchio.—Mircea Djuvara	II
Proyecto de ley sobre quiebras	8
Una interpretación ética de la crisis actual.—C. J. Romero	127
De Juan Jacobo a Hitler.—L. Rueda Concha	217
La expansión del Derecho Español en América.—J. M. Ots C.	233

Resbalaban las góndolas en la vejez del agua sin ruido, con-ducido al Palacio de los Dux a unos ancianos senadores cuya vida bogaba entre paradisíacos arrecifes de goce espiritual y cor-poral. Las primaveras llegaban discretas, sin campiñas desen-frenadas que parecieran un insulto o un motivo de melancolía a la avanzada edad. Así, lentamente, el Dux, que tenía mil años, iba ya muriéndose de muerte senil, cuando llegaron los gritos y el espadón de Bonaparte que clamaban pidiendo la piel del León-valetudinario de San Marcos. Moría ya el Dux de por sí, y aun debió incorporarse un momento para sonreír con una casi póstu-ma ironía. Hacia siglos, el Dux estaba ciego y no veía que la mar, esposa legítima del Dux, engañaba al Dux con el Turco. Pero el Dux se ponía con la misma dignidad de siempre, sobre su cabe-za venerable el cuerno de oro, que era el signo augusto de su republicana majestad.

RAFAEL SANCHEZ MAZAS